

María besa la frente de su amado, que acababa de quedarse dormido tras haber hecho dulcemente el amor.

A las doce, justo cuando estaba a punto de salir de casa, había llegado Marisa, la chica a la que en medio de la desesperación había llamado por la noche.

Lo cierto es que con la sorpresa, se le había olvidado.

De todos modos ya tenía pensado dejar a Marcos descansando, por mucho que le doliera separarse de él.

Justo cuando iba a salir con Miguel, apareció en la puerta esa chica tan simpática, que daba a conocer a los vecinos la existencia del banco de tiempo del barrio, y que dejaba anuncios con su número para informarles.

Entonces, ya que era tan amable, le pidió que en vez de quedarse a cuidar al niño, tal como habían quedado, fuera con él a prepararles a los abuelitos algo de comer.

Les había dejado la nevera llena, así que con calentarles algo ya estaba, y Miguel, que conocía el camino, le serviría de lazarillo.

Estaría encantado de ayudar, como todos los niños, en vez de ser obligados a permanecer pasivos y dependientes hasta edades muy avanzadas, como los jóvenes de ahora.

Por eso se comportaban como críos maleducados, pues en ello les habían convertido sus padres.

Los que iban los sábados por la noche al café donde ella trabajaba hablaban altísimo a pesar de que su jefa, que era una mujer muy lista y comprometida, duplicaba el precio del alcohol para inhibirlos.

Aún así los fines de semana resultaba imposible lograrlo.

Empezaban tomándose un vino o una cerveza, y acababan bebiéndose lo que fuera, eso sí, con Coca-cola, para eso vestían tejanos.

Se trataba de jóvenes estudiantes o desempleados, de esos que se las arreglaban para ir siempre a la moda a costa de tener cautivados a sus mayores para que les soltaran la pasta.

La verdad es que no entendía de dónde sacaba la gente el dinero para tanto vicio absurdo.

Cuanto más alcohol ingerían, más gritaban, como presas de una de histeria colectiva que arrastraban toda la semana, pero que con el alcohol, estallaba como una bomba. Se veían escenas muy teatrales, como en un psicodrama, que al día siguiente habrían olvidado porque sino se morirían de vergüenza.

En Argentina la gente también se emborrachaba, por supuesto.

Al parecer los más alcohólicos del mundo eran los del este de Europa.

Cuanto más violencia, más herida estaba el alma, y más desinfectante precisaba la pobre.

El vino había sido sacralizado en occidente, convirtiéndose en el motor de la guerra contra oriente.

El mundo estaba teñido de rojo y la guerra santa bendecida por los siglos de los siglos.

Su padre era un bebedor violento, por eso ya desde pequeña detestaba el tintorro.

Y cuando le tocaba servírselo a la gente, siempre trataba de darle el peor, para crearles rechazo.

Su jefa estaba de acuerdo, pues al parecer su progenitor también había pecado de exceso de devoción cristiana consagrándose a la bebida.

En el fondo así salía perdiendo, pues no había nada más lucrativo en el mundo, pero le daba igual, ya que aquella era su cruzada por la paz social.

Claro que sin amor, la paz sería imposible, por eso besa a su amado dulcemente en la frente justo cuando acaba de quedarse dormido en sus brazos.

Mario sonríe arrogante ante el espejo, listo para acudir a la manifestación convocada para esa tarde a través de Facebook y Twitter.

Animado siempre por su padre, que en vez de quedarse en psiquiatra hubiera querido llegar a profesor de universidad, estaba acostumbrado a monolar, y como cada día se preparaba mentalmente para ello.

Cierto que Platón proponía lo contrario, pero en realidad el discurso filosófico no admitía réplica alguna.

Uno llenaba sus exposiciones de palabras altisonantes, se hinchaba como un pavo, y comenzaba a disertar.

Las cosas funcionaban así.

De hecho sus profesores le invitaban a ello y le aplaudían ufanos.

Se trataba de una especie de pulso mental con el auditorio, o incluso de un combate de boxeo a través de la palabra.

Para triunfar, que era de lo que en todos los ámbitos se trataba, había que emplear ases verbales.

Para eso su padre le había regalado al empezar la carrera un libro con toda la terminología filosófica, pues afirmaba que al igual que en su trabajo, aquellas serían sus útiles herramientas.

Decía que el psicoanálisis, como ciencia, no servía para nada, pero como instrumento de dominación resultaba infalible.

Tenía la teoría de que la gente necesitaba doblegarse, pues se trataba de una necesidad espiritual básica, y para eso iban a su consulta, especialmente las mujeres.

Dios, los jefes, la familia, o la moda, estaban también ahí con el fin de someternos, pues nunca seríamos libres, ya que no teníamos la conciencia tranquila.

Éramos animales carnívoros, y no lo llevábamos nada bien.

Para eso necesitábamos creer en el absoluto, el que absolvía, el juez supremo.

La palabra venía del latín solvo, que significaba soltar.

La cuestión es que como nadie se encontraba libre de pecado, el ser humano se había inventado un ser supremo capaz de liberarlo de sus culpas.

Se trataba de un concepto religioso, pero también el lenguaje filosófico era capaz de manejar esas abstracciones, lo cual hacía elevarse a los filósofos, como a los prelados, por encima de sus congéneres.

Por eso le gustaba su profesión, ya que hacía hasta que su piel oscura se aclarara a ojos de los demás con tal sólo nombrar a Spinoza, Descartes, Hegel o Kant.

Y es que todos aquellos grandes filósofos se habían ocupado de lo más elevado, contagiándose sin duda de su pureza.

Sin embargo nunca llegaban a ponerse de acuerdo entre sí.

Si para Descartes y Spinoza el absoluto era una sustancia, para Kant consistía en una idea y para Hegel en un sujeto trascendental.

Eso quería decir que con el transcurso del tiempo se tendía a personificar a Dios más y más, pasando de lo abstracto a lo concreto.

De ahí el nihilismo, transformado en narcisismo absoluto, que en lugar de unirnos, como las religiones, nos separaba cada vez más.

Por eso quizás el arte, tratando de liberarnos, había pasado de la concreción a la abstracción.

En realidad esa idea era de Mónica, que sin haber estudiado filosofía, osaba hablar del absoluto como sinónimo de amor.

Había quedado esa tarde con ella, y pensaba seducirla.

La tengo en el bote, se dice sonriendo arrogante frente al espejo.

Miriam sueña con mujeres desnudas recogiendo flores y bañándose en un lago paradisíaco.

Al fin se había dado cuenta que la moda, algo que siempre le había obsesionado, ya que no era guapa y quería destacar frente a las demás, propiciaba una especie de guerra psicológica y de poder entre las mujeres.

De ahí que los anuncios de Dove siempre le hubieran inquietado.

¿Qué sería de ella sin su ropa de marca?

De hecho, para su primera entrevista de trabajo, le había pedido prestada una chaqueta de Dolce & Gabbana a una amiga para sentirse segura.

Y claro, a base de sugestión, había funcionado.

En el fondo las prendas de vestir eran armas con las cuales las mujeres se herían unas a otras en una guerra sin cuartel.

Y lo peor es que estaba perfectamente aceptado socialmente, aún a sabiendas de la frustración que causaba a aquellas que no podían permitírselo.

Y hasta a las que sí podían, pues a lo mejor la prenda carísima que se compraban luego no les sentaba tan bien como a las modelos.

Ahora comprendía los experimentos llevados a cabo con mujeres que tras la lectura de revistas femeninas, como en la que ella trabajaba, registraban bajos niveles de serotonina.

Y justamente las consecuencias de los bajos niveles de esta sustancia eran la falta de energía, de líbido, la depresión y los trastornos del sueño.

¡Qué casualidad!

Resulta que conocía a varias mujeres que sufrían esos males y coincidía que todas leían su revista.

Incluso dormida, pensándolo de modo inconsciente, se le ponían los pelos de punta.

Lo cierto es que los hombres hacían lo mismo con los vehículos a motor o los aparatos electrónicos.

Todos devoraban cuantas publicaciones y anuncios se les ofrecían.

También, cuando salían a la calle, no miraban otra cosa más que el coche o la moto del prójimo.

A las mujeres, a menos que estuvieran como un tren, no les hacían ni caso.

Así andaban, cada uno por su lado y completamente alienados.

Aunque en el caso de las mujeres era peor porque ellas portaban sobre su cuerpo los productos de consumo alienantes.

No los utilizaban, como hacían los hombres, sino que eran utilizadas por ellos.

¡Qué horror!

Si se encontrara despierta y pensara en todos los años que había invertido en examinar con detalle prendas de vestir, desearía suicidarse.

Pero para eso estaban los sueños, para liberarnos.

Ellos eran nuestros únicos y verdaderos psicoanalistas.

Incluso Freud, dándose cuenta de ello, había tratado de apropiárselos, autoproclamándose su intérprete.

Siempre había visto en aquel hombre a un terrible opresor del género femenino, y justo aquella noche había descubierto que tenía razón.

Todo gracias a una obra de arte.

Y es que el arte representaba una verdadera religión a la que todos deberíamos consagrarnos para ser felices, liberarnos y amarnos.

Se sentía dichosa porque ya había encontrado el final para su novela.

Las pacientes del Mono Liso lo asesinarían y devorarían, convirtiéndose en Monas Lisas, como aquellas con las que sueña disfrutando desnudas del paraíso.

Moncho saborea un delicioso café escuchando a Martin, un americano procedente de California.

Se había venido a España para enseñar arte dramático, pues tenía la teoría de que los españoles eran los peores actores del mundo, incluidos nuestros hollywoodienses Antonio y Penélope.

La verdad es que tenía razón.

Quizás por eso a Alejandro Amenábar le había dado por contratar actrices extranjeras. Aquel hombre era un genio, y también cinéfilo como él, aunque con muchísima experiencia.

Había vivido en Los Angeles, y de joven quería ser director.

Tras varios años trabajando en la gran industria del cine, había decidido que su labor allí no tenía ningún sentido pues todo estaba tan automatizado como en las fábricas alemanas de coches.

Le apasionaba el cine europeo de los años cincuenta.

Había tenido que decidir entre instalarse en Roma o en Madrid, y al final había elegido España.

Era una persona muy educada e interesante, con la que daba gusto conversar.

Su acento le sonaba muy particular y le recordaba Humphrey Bogart, con lo cual le fascinaba.

Tenía ideas muy interesantes sobre política, y decía que el cine era como una pintura repleta de poesía que retrataba fielmente la realidad.

Opinaba que las películas de Almodóvar de los ochenta y noventa expresaban un enorme optimismo social.

Sin embargo las últimas, se habían vuelto tan oscuras como las pinturas negras de Goya.

Volver, por ejemplo, le parecía una metáfora del regreso a la misma opresión político-religiosa del franquismo.

También consideraba que nuestro país y Grecia, según su filmografía, se parecían increíblemente, quizás por encontrarse en los extremos del Mediterráneo y fronterizos con países musulmanes en nueva época de cruzadas.

Ésa era, según él, la causa de nuestros actuales problemas, más religiosos que realmente económicos.

La guerra santa iniciada por Bush, había desestabilizado la paz mundial.

El presidente Roosevelt, en los años treinta, había creado leyes de intervencionismo y transparencia económica que habían conducido a unas mejoras sociales sin precedentes en la historia.

Luego, tras llevar la justicia económica a su país, se había ofrecido para detener la barbarie contra los judíos de Centro Europa, que en el fondo era una estrategia para imponer la fe cristiana sobre el ateísmo francés y ruso.

Sin embargo los americanos también pecaban actualmente de integristas y ahora los rusos seguían su ejemplo.

El liberalismo económico, implantado a comienzos del siglo XXI, le parecía un modo de desviar fondos para atender a las nuevas necesidades bélicas del mundo.

Desde su punto de vista, por culpa de esta nueva guerra mundial encubierta, la miseria se veía proliferar en las calles día a día.

Al menos aquí todo el mundo tenía derecho a la sanidad pública, algo que había admirado el propio Barack Obama, un ángel mensajero de la paz.

Creía que en nuestro país la gente estaba tan reprimida sexualmente que ni siquiera conseguía aprenderse un papel, y ya no digamos interpretarlo.

Así, saboreando un café delicioso, recibe una clase magistral.

Marta comprueba con deleite que tenía varias llamadas perdidas del hombre con el que había hablado la noche anterior, y con el que, en un raptó de locura, había quedado a las doce de la mañana en el Retiro.

No tenía pensado llamarle, a ver si iba a pensar que estaba desesperada.

Bueno, estar lo estaba, pero no era cuestión de mostrar la flaqueza y menos frente al género opuesto, una especie de enemigo en una guerra psicológica sin piedad que se libraba diariamente en las calles.

Porque aún sin llevar burka, ella se comportaba como una mora con los hombres, rehuyéndolos como si fueran todos unos cerdos repugnantes.

Y realmente, la mayoría de los que se había encontrado en su camino, lo habían sido.

Los obreros, acostumbrados a ser menospreciados por cada chica guapa que pasaba a su lado, se ensañaban sin piedad con ese género de mujeres.

Cuando tenían quince las admiraban pues resultaban una preciosidad, pero como los años pasaban y ellas no dejaban de mostrarse desdeñosas, acababan odiándolas.

Ellas esperaban piropos, y lo que recibían eran injurias.

No lo comprendía, pero es que una, a menos que esté como un tren y tenga las carnes prietas, no tiene derecho a pavonearse por las calles de nuestro país.

En otras latitudes más civilizadas y menos integristas sí, pero no donde el franquismo cubrió a la mujer con un velo de infamia del que aún no ha logrado desprenderse.

Para eso los hombres son los pavos reales de nuestra especie.

Cada simple obreruco, por sucio que estuviera, resultaba más narcista aún que ella.

Luego, los burgueses con los que se relacionaba, ya que tenían a unas cuantas a sus pies y podían elegir, no sólo iban detrás del dinero, sino que para ellos la sumisión representaba el valor supremo de una mujer.

La ropa, los cosméticos..., todo eso en lo que ella invertía montones de dinero, suponían atributos que no interesaban lo más mínimo a los hombres, sino a las mujeres a la hora de pugnar entre ellas.

Los universos femenino y masculino eran opuestos, uno simbólico y otro real.

En realidad no eran cerdos, sino gallitos, crueles, eso sí, todos ellos malcriados, como los moros, por mamás sin la menor autoestima.

Si al menos hubiera conseguido acceder al mismo estatus intelectual que su padre, ahora no se sentiría tan frustrada.

Pero es que además de no ser muy brillante, él mismo, a sus espaldas, en vez de apoyarla, le había puesto la zancadilla.

Todo esto la conducía no sólo a la depresión, sino a una especie de grave trastorno de personalidad, pues la sociedad no le permitía ser ella misma.

Cuando un hombre le interesaba, se veía obligada a interpretar en el teatro del sexo el rol de la mujer sumisa que no era en absoluto.

Pero ellos, que no eran tontos, y sobre todo tenían los pies más en la tierra que las mujeres, podían apreciarlo claramente, y ninguno, a excepción de Marcos, había caído en la trampa.

Él no era tan machista como otros pijos con los que había estado.

Cuando se conocieron, llevaba el pelo largo precisamente por eso, porque su único referente familiar había sido su madre.

Marcial también lo llevaba largo cuando casi veinte años atrás habían vivido un romance breve pero inolvidable.

Hubiera sido su pareja perfecta. Sin embargo, la muy tonta, en vez de un Marcial servicial, anhelaba todavía encontrar un buenorro del que poder presumir.

Por eso, imaginándoselo como un cachas más dominador aún que ella, comprueba satisfecha las numerosas llamadas perdidas.

Marcial canta una copla que se había convertido en su canción favorita desde que había visto la película homónima de Almodóvar.

Recordaba haber ido a verla al cine con una amiga, Maite, otra que como él había venido a Madrid en los ochenta huyendo de los malos tratos en su familia.

Trabajaba de limpiadora para mantener a sucesivos novios, que le habían chupado la sangre como vampiros.

Simplemente eran egoístas, decía ella para disculparlos.

Todos lo somos, pero a veces los hombres más, especialmente si pueden emplear la fuerza.

Él no, así le había ido.

Tan desesperada se encontraba la pobre mujer, que alguna vez, borracha, le había pedido que le echara un polvo.

Como si aquello fuera una aspirina para el dolor del alma, cuando en realidad lo único que hacía era debilitarla más.

Y es que él tenía clarísimo que todo aquello del sexo por el sexo no era más que un arma entre hombres y mujeres para preservar el odio entre ellos.

Follar no resultaba más placentero realmente que masturbarse, entonces, ¿de dónde procedía toda aquella mitificación del acto sexual?

Ni que no existieran muchos actos placenteros relacionados con el amor.

Una mirada ardiente, por ejemplo, podía excitar más que un mete y saca extenuante con un desconocido, y ya no digamos las caricias.

Para eso nos había dado Dios las manos, para masturbarnos y acariciar.

Claro que la iglesia, la gran multinacional del sexo, que se forraba a base de certificar bodas, bautizos y comuniones, nos lo había prohibido.

A ella le resultaba más lucrativo mantenernos reprimidos y obligarnos a casarnos.

Por eso la gente no debería andarse con tantos miramientos a la hora de amar al prójimo como a sí mismo.

Y ser más tiernos, que para eso en los trabajos ya nos trataban a ostias.

¿A quién podría hacerle daño que alguien se corriera tranquilamente masturbándose tras haberse excitado besando, abrazando y acariciando a la persona amada?

Pues a los que comerciaban con vaginas, los muy asquerosos, pecado del cual ni siquiera los propios curas se libraban.

Ellos, casando a la gente, lo único que hacían era declarar un coño propiedad privada.

Mientras que la polla podría dedicarse a andar por ahí en libertad.

Cárceles y cadenas impuestas por la inquisición seguían llenando el mundo de personas torturadas.

Bueno, ni siquiera se trataba de casarse, porque Maite no lo estaba y había que ver lo que se habían aprovechado de ella los hombres.

Si es que el celibato debería volver a imponerse como práctica de higiene moral.

Él, desde que lo profesaba como una religión, andaba jodido pero contento.

De hecho, todos los que le conocían se maravillaban del hecho de que en sus circunstancias no se hubiera dado a la bebida.

Pero es que el alcohol, el alcoholismo, era otro modo de anular la razón e imponer la fuerza.

También estaba la cocaína, y todo eso ¿con qué fin?

Pues con el de servir de arma a los amantes de la violencia.

Para su opinión, los que lo practicaban con prostitutas, eran tan cochinos o más que las pobres obreras del sexo.

Como él no es de esos, mientras canta, recuerda con dulzura a su amiga y decide declararle su amor, es decir, comprometerse a cuidarla mientras viva.

Muriel se encuentra arropada por los brazos de Maurice.

Toda su fortaleza se había venido abajo cuando en el taxi de vuelta había llamado a Manu para decirle que quería volver con él y éste le había contestado que no era posible porque ya estaba con otra.

Eso había representado para ella una puñalada de la que tardaría en recuperarse.

¡Qué crueldad!

¿Aquello era el amor con mayúsculas del que él hablaba continuamente?

Pues menuda mierda.

Al menos sentía que Maurice era su amigo.

La había invitado a comer, y lo cierto es que no cocinaba nada mal.

Sin embargo no se podría decir lo mismo de Manu, pues ahora se daba cuenta de que en diez años nunca le había preparado nada, ni siquiera un café.

Siguiendo el ejemplo de sus propios padres, simplemente por ser mujer, le había servido siempre de la mañana a la noche.

Ella pagaba el piso, compraba, cocinaba, limpiaba...

¡Menudo tirano machista!

Se suponía que ése era el trato, el hombre servía en la cama y la mujer en la casa.

¿Y ésa era la igualdad, la libertad y la fraternidad exaltada por la república de su país?

Ellos, dotados para la intelectualidad, se dedicaban al parloteo de café, igualitos que los moros, pero más sofisticados.

A cada hembra que pasaba por la acera, la devoraban con los ojos, pero si una quería que la besaran o acariciaran, tenía que doblegarse.

Aún así, una vez que tenían pareja, seguían yendo tras las otras como perros, o mejor como gallos, de ahí debía proceder el gentilicio galo.

Vivían sumergidos en una especie de pansexualidad servil.

La suya, y eso siempre lo repetía Manu, era una sociedad extremadamente burguesa donde la gente no estaba dispuesta a romper las barreras sociales mas que devorándose con los ojos.

Al menos allí, el sexo, dios de los ateos, fluía entre ellos, no como en España.

Aquí la gente se reprimía tanto que las miradas de los hombres resultaban enfermizas, como de psicópata.

Ella, que se vestía a la francesa, es decir muy femenina, notaba que, mas que amor, entre las hembras y los machos españoles existía una especie de odio visceral.

Al parecer consumían mucho alcohol, cocaína, y tenían una tasa bastante elevada de violencia de género.

En Francia también, aunque no se publicaban abiertamente los datos de mujeres asesinadas por sus parejas, y además se acusaba de ello a los emigrantes.

Decían que los musulmanes eran terriblemente machistas, pero había que ver a los franceses.

Se diría que frente a las mujeres tenían amputados los brazos, para así no ayudarlas con las tareas del hogar ni acariciarlas en la intimidad.

Lo cierto es que Manu sí le había progigado sus caricias.

Pero luego, para evitar colaborar, siempre tenía en sus manos un libro.

Nunca le faltaban, pues se dedicaba a robarlos, como su padre los cuadros, aunque por ello no nunca iría a la cárcel.

Otra cosa que le repugnaba, era su gusto obsesivo por la felación.

De hecho a esa práctica en español le llamaban francés.

Su próxima pareja tendrá que ofrecerle menos sexo y más ternura, también cocinar y limpiar igual que ella, pues en ello debería consistir el amor.

Así reflexiona mientras se encuentra arropada por los brazos de su amigo.

Modu canta y baila al ritmo de la Orchestra Baobab mientras cocina. También le gustaba limpiar, aunque tenía clarísimo que nunca lo haría si estuviera viviendo con una mujer. Se trataba de una cuestión de orgullo masculino que tenía que ver directamente con la sexualidad. Uno no podría ser capaz de concentrarse en hacer el amor con ardor si sabía que debía encargarse además de las tareas del hogar. En su país, al contrario que en Europa, aquello ni siquiera se planteaba. La virilidad, algo de lo que muchos europeos carecían, suponía para los africanos lo más importante del mundo. Estaba seguro de que las mujeres dejarían de atraerle poderosamente de la noche a la mañana si tuviera que servirles como un criado. Los hombres tenían que ofrecer toda su fuerza en la cama, y luego su potencia sexual se medía mediante la laboriosidad de sus esposas. Los africanos no trabajarían nunca para ellas, lo tenían muy claro. Los marroquíes tampoco. Se trataba de una especie de tabú más importante aún que el del incesto, que debía mantenerse en la especie humana con el fin de preservarla. En su país no es que las mujeres tuvieran que matarse a trabajar. Las chozas tampoco había que limpiarlas mucho. Cocinar, cuando había la suerte de tener algo para comer, resultaba una bendición. Las cosas estaban equilibradas porque la vida era simple, como lo había sido siempre para los pueblos agricultores y ganaderos. Sin embargo, en la sociedad posindustrial, la vida devenía un caos. Vivir resultaba demasiado complicado para los occidentales, pero no para él, que tenía clarísimo cual era su misión aquí. Su labor le parecía en cierto modo mesiánica, pues consistía en restablecer el orden natural en las almas de sus amantes. Y es que con tanta información y servicios, la gente se volvía loca. Cuando quería sexo acudía a internet, y eso era absurdo. El cuerpo humano necesitaba el contacto físico con los demás tanto como el alimento. Y no un contacto breve, sino intenso, como un masaje en toda regla. Los pequeños rozamientos aún excitaban y alteraban más. De ahí procedía quizás la histeria que se decía que padecían muchas mujeres. Lo que les pasaba es que estaban insatisfechas. Podían ser penetradas, pero eso no servía de nada si no se hacía poderosamente. Él empleaba en ello toda su energía, y así todas las mujeres a las que conocía le estaban agradecidísimas. Como recompensa le ofrecían cuanto tenían, pero él no era codicioso y se conformaba con verlas felices. No había nada más triste que las personas hambrientas de amor, deprimidas. Aquí, que tenían tanto que comer, muchos enfermaban e incluso perecían víctimas de esa terrible hambruna. No cantaban ni bailaban porque no amaban. Aquello derivaba de la represión religiosa mantenida en Europa siglos y siglos. Al final los hombres se habían vuelto terriblemente tacaños y egoístas con el sexo. Habían dejado de emplear su energía en ello, para dedicarse a los negocios. Así, con el dinero, los capitalistas utilizaban a las mujeres para desahogarse con el mayor número de ellas, pero sin plantearse en absoluto satisfacerlas. Pero como él no es de esos, ahora cocina cantando y bailando.



Mónica siente una emoción muy intensa.

Por lo que recordaba de su año Erasmus en París, aquello suponía encontrarse enamorada.

El rostro se le había aclarado y de él brotaba una luz blanca, como si fuera una bombilla.

Sus labios se habían vuelto más encarnados.

Sus miradas y sonrisas no podían resultar más dulces y encantadoras.

Todos los movimientos de su cuerpo parecían más gráciles que de costumbre, como si una misteriosa liviandad se hubiera apoderado de su cuerpo.

Su cuello, ya de por sí esbelto, parecía haberse alargado.

Y es que por efecto del deseo, mantenía una postura más erguida aún.

Se diría que ella misma se había convertido en una obra de arte por efecto del amor.

Habían salido del museo a comer algo y ahora se encontraban en el Retiro sentados sobre la hierba.

Manu le había hecho una corona de margaritas y se la había colocado sobre la cabeza.

A partir de ese momento sería su ama.

Había dicho maîtresse, con s sorda, que no quería decir amante, ya que ésa tenía sólo una s, sonora, y se pronunciaba como el silbido de una serpiente.

Había muchas más palabras así, como poisson y poison, pescado y veneno.

Y la s sola, sibilante y sibilina, representaba peligro.

En realidad se sentía como Eva tras haber mordido la manzana.

Si aquello era el pecado, estaba dispuesta a consagrarse a él en cuerpo y alma.

Al fin había logrado encontrar una espiritualidad acorde con sus ideas.

Para ella el absoluto representaba el amor con mayúsculas.

Se trataba de un modo de trascendencia, el único y verdadero.

En el arte también podía encontrarse esa misma razón de ser, del ser.

La creación con mayúsculas era un sinónimo de Dios.

La inmortalidad se lograba únicamente gracias a ambas facultades divinas.

Siempre había querido ser arquitecta porque deseaba que sus obras permanecieran en pie tras su muerte.

En realidad el amor, según Schopenhauer, era eso.

Leyendo su Metafísica del amor había aprendido la teoría, pero ahora, al fin, se encontraba realizando la obra maestra por excelencia.

Para ella, a partir de ahora, cada gesto, cada palabra, dejaría de ser banal.

La fuerza dominante y dominadora más poderosa del mundo se había apoderado de su espíritu.

Viéndole tan guapo, tierno, inteligente y sensible; se sentía como la heroína de una novela romántica.

La subjetividad verdadera, y no la que utilizaba el consumismo, la falsa, guiaba su voluntad.

Nadie más podría ocupar su lugar.

Ya no era intercambiable, sino única, como una obra de arte.

Mientras se encontrara en ese estado de gracia, de fecundidad extremada, no sería una mujer objeto de esas que se paseaban como zombis por las ciudades creyendo que llevar un modelito peculiar las convertiría en seres únicos.

Siempre se había resistido a caer en esa trampa del consumismo, creador de falsas subjetividades en base a la libertad de elección de objetos.

La verdadera libertad era la de encontrar al ser complementario, nuestra media naranja, y si no la vida pasaría muerta por nuestros cuerpos.

Esa fusión mística con el otro, gracias al primer beso, es lo que ahora siente.

Mohamed, con el delantal de una mujer desnuda que le había regalado a Melissa por el día de la madre, prepara un cuscús para ella como sorpresa.  
Después de irse a trabajar tres horas tarde por su culpa, habría que recompensarla. Él nunca había cocinado antes.  
Bueno, sí, pero sólo por necesidad.  
Cuando vivía solo, antes de casarse, si tenía mucha hambre era capaz de prepararse algo, pero siempre precocinado.  
Aunque casi siempre, por no molestarse, terminaba comiendo un kebab.  
Al principio se preocupaba porque los alimentos fueran halal, pero después ya le daba lo mismo y terminaba comiéndose cualquier cosa.  
En realidad cocinar tampoco era tan difícil, e incluso resultaba una labor muy grata. A ella le encantaba la cocina marroquí, y aquel cuscús no iba a olvidarlo, sobre todo porque sería el primero que él le preparaba.  
Toda primera vez de algo suponía una especie de renacimiento.  
Era como si cuando uno realizaba una acción que sus congéneres habían estado practicando durante siglos, incluso milenios, se conectara con el ser con mayúsculas, con el espíritu de la especie.  
Incluso su cultura le parecía más amable, pues había descubierto su lado femenino. Cocinando confraternizaba con las almas de múltiples generaciones de moras.  
Ya no se sentía solo en el mundo, como le sucedía mientras esperaba en la tienda a que su mujer tuviera la comida preparada para subir.  
Cada gesto que realizaba, el pelar una simple cebolla, le hacía sentirse unido por una fraternidad casi divina a la humanidad.  
En realidad cocinar podía suponer una verdadera experiencia mística si se hacía con amor, como era el caso.  
Entonces recordaba con mucho cariño a su abuela a pesar de que había fallecido hacía muchos años, y el delicioso sabor de sus comidas invadía de aromas su cerebro mientras añadía comino a la cocción.  
Estaba convencido que le iba a quedar más rico que a su madre.  
Se iban a chupar los dedos.  
Sus hijos revoloteaban a su lado como mariposas.  
También ellos parecían felices de verle cocinar, e incluso se ofrecían a ayudarlo.  
Cuando no sabía donde estaba algo, les preguntaba y se ponían inmediatamente a buscarlo.  
Estaba claro que a los niños, cuyos valores e inocencia no han sido aún corrompidos, lo que más le gustaban eran las muestras de cariño.  
Por eso, el gesto de su padre quisiera ayudar a su madre, resultaba para ellos uno de los más bellos ante sus ojos puros.  
En realidad los pobres sufrían mucho viendo la ausencia de participación en las tareas del hogar por parte de sus padres, especialmente cuando las madres también trabajaban fuera de casa.  
Incluso él, cuando era pequeño, recordaba encontrarse siempre cerca de su madre deseando colaborar, porque en su lógica infantil no imperaban aún los valores impuestos, sino el de la justicia y la equidad.  
Sin embargo la rabia infantil surgida del deseo innato de luchar contra la injusticia, poco a poco se había transformado en odio hacia su propia madre cuando le había tocado representar el papel del varón.  
En realidad esa animadversión que había comenzado a sentir por las mujeres durante la adolescencia, era en el fondo desprecio hacia sí mismo.  
Por eso ahora se siente feliz mientras cocina por primera vez.

Melissa charla tranquilamente con las otras dos cajeras.  
Le llamaban la jefa porque se empeñaba en tomarse las cosas con calma.  
Hoy había batido un récord llegando tres horas tarde.  
El encargado, al que apodaban el pastor alemán, le había pedido explicaciones, pero ella se había negado a ofrecérselas.  
No había podido venir antes y listo.  
Podían descontárselo del sueldo, que como era una miseria, ni se iba a enterar.  
Él la había amenazado delante de todas con el despido, y ella le había respondido que siguiera ladrando, que era lo suyo.  
Las otras se habían echado a reír.  
No era guapa, pero tenía mucha gracia.  
Parecía andaluza en vez de gallega.  
En el fondo sus compañeras apreciaban su valentía pues a ellas les venía muy bien.  
Les infundía valor, algo de lo que todas carecían pues sus vidas privadas resultaban bastante complicadas.  
La mayoría eran mujeres con hijos, algunas separadas a las que sus maridos antes de abandonar habían maltratado cruelmente para hacerlas trabajar hasta la extenuación.  
Luego, dispuestos a seguir maltratándolas, eran capaces de hacer cualquier chanchullo para no pasarles ni un céntimo.  
No tenían estudios, venían de familias pobres, y no sabían defenderse.  
Ella consideraba, por lo que le contaban, que su morito era un santo al lado de los ex maridos de sus compañeras.  
Y es que antes, si una quería casarse, tenía que subyugarse al marido y convertirse en su esclava en casa, pero ahora además la obligaban a serlo también fuera.  
Lo primero que querían saber los hombres antes de salir contigo, era si trabajabas.  
Lo de invitarte ellos a ti, se había acabado, cada uno lo suyo de novios, pero de casados, con los gastos de la casa corría la mujer.  
Pero es que a ellos, los hombres de clase obrera, con menos posibilidad aún de conseguir un empleo que las mujeres, la sociedad no les ofrecía otra posibilidad para costearse los vicios, que no eran pocos, que aprovecharse de ellas.  
España era el país de la fiesta.  
Eso estaba muy bien para los que venían unos días de vacaciones, pero no para los que tenían que sufragársela a costa de quien fuera toda su vida.  
De ahí procedía el odio de muchos hacia el actual gobierno, pues pensaban que la culpa era suya, por administrar mal los fondos públicos.  
Antes, al menos, con eso del pelotazo inmobiliario, la población masculina se mantenía esperanzada, como si a todos les fuera a tocar esa perversa quiniela.  
Pero tras años y años de bonanza, sin preocuparse en absoluto por la política, ahora se habían dado cuenta que de que el Partido Socialista Obrero Español, de obrero y socialista no tenía nada.  
Incluso se rumoreaba que los principales grupos sindicales estaban siendo sobornados por multinacionales para aumentar las jornadas de trabajo y reducir los salarios.  
Si era así habría que tomar la calle pidiendo auxilio, especialmente las obreras, doblemente esclavas.  
En realidad hablaban sobre eso.  
La polis, le había explicado su docto hermano, era la ciudad, y la política suponía una labor realizada en beneficio de los ciudadanos.  
Por eso ahora, con su habitual dulzura y hablar pausado, anima a sus compañeras a participar en la manifestación de esa tarde, asegurándoles que al menos gritar en público les servirá para aliviarse frente al peso de tanta injusticia.

Momo mira la nevera y el móvil al mismo tiempo.

¡Qué mala suerte!

Se había ofrecido en el trabajo a liderar a las chicas de la revista en la manifestación de esa tarde, y la única que se había apuntado a seguirle portando sus pancartas había

sido la redactora jefe.

No le caía mal, era buena persona, pero la más fea.

Así que con la bronca que había tenido con su mujer y lo poco que había dormido, le daban ganas de desertar.

Pero no podía.

Un modernito como él, con aspiraciones artísticas, no podía faltar.

Se trataba de una fecha histórica.

Sería una revolución.

Él se había imaginado a sí mismo como una especie de marajá rodeado de un harén de pivones.

Aquel era su verdadero sueño en la vida.

Quizás sus motivaciones profundas para dedicarse al arte procedían de ahí.

Conscientemente no se lo planteaba, sino se desalentaría pues aquella aspiración no tenía visos de hacerse realidad.

Lo del trabajo en la revista, quizás tampoco era casual, y lo había escogido creyendo que se encontraría rodeado de chicas guapas.

Al final, no era así.

Nada es lo que parece.

Sólo en ciertos lugares de moda muy concretos, restaurantes bio para tomar ensaladas y beberse zumos naturales, podían verse chicas tan impresionantes como en las revistas, ya que precisamente iban a comer a esos sitios para cuidarse.

Eran actrices o modelos que ni siquiera se dignaban a darle a uno los buenos días ni a deseárselo buen provecho aún habiendo estado sentado cincuenta veces a dos palmos de sus bonitas narices.

Lo cierto es que su frialdad no tenía límite.

Sin duda querían parecerse tanto a las de papel, o las de las pantallas, que terminaban por mostrarse más distantes y frías que estatuas.

Por lo visto, y estaba socialmente aceptado, carecían de conversación.

Se cotizaban tan caro que nunca llegaría a poder acercarse a ninguna, y eso suponía que desgraciadamente seguiría largos años siéndole fiel a su esposa.

Aunque no era bella, ni esbelta, al menos se aprendía de memoria las páginas de la revista en la que él trabajaba y hacía lo imposible por parecerseles.

Incluso él se sentía afortunado, porque más valía eso que nada.

El sexo era como la comida, se trataba de una necesidad y había que satisfacerla como fuera.

De hecho había encontrado un cierto equilibrio en su alimentación, y curiosamente guardaba relación con las mujeres de su vida.

En casa, como ninguno de los dos cocinaba, comían todo precocinado y artificial.

Precisamente a sus hijas también las habían concebido así, porque por el método natural no había habido manera.

Lo que a nivel nutricional le salvaba la vida, eran los tupper que su madre le daba los sábados cuando iban a comer a su casa, como recompensa.

Y luego estaban las ensaladas con los pivones para compensar los kebabs y la basura grasienta que engullía cuando estaba hambriento, como era el caso.

Por eso ahora, comprobando que sólo había una pizza precocinada en la nevera y en el móvil un mensaje de Miriam, se sentía desalentado.

Marisa lee por enésima vez a Stéphane Hessel antes de salir de casa para acudir a la manifestación que comenzaría dentro de una hora en la Puerta de Sol.

Hacía una tarde estupenda.

Se lo había pasado de maravilla con Miguel, el niño con el que había ido a cuidar un ratito a una pareja de ancianos para que su madre pudiera yacer junto a su amado.

¡Qué historia tan bonita!

¡Y cuánto se parecía a la de su propio origen!

Ahora comprendía cómo era posible que María fuera tan bella, y su rostro desprendiera luz aún trabajando horas y horas de camarera.

Ella sola había sacado a su hijo adelante sin pedir cuentas a nadie más que al amor que lo había engendrado.

El día más trágico recordado, doscientos muertos y casi dos mil heridos, y María siendo visitada por el ángel Gabriel quizás en ese mismo instante.

Parecía profético.

Miguel era un cielo.

Se había ofrecido ayudarlo a cocinar, y juntos habían preparado primero un succulento plato vegetariano, y luego una tarta de fresa para su santa madre.

Él estaba entusiasmado.

Hacer un bizcocho le había parecido algo mágico, y en realidad lo era, además de gratificante.

Su abuela elaboraba pasteles exquisitos con una alegría asombrosa cada vez que venía del pueblo a visitar a su madre.

Era una mujer muy especial, de esas con un corazón enorme nacidas para cuidar de manera espontánea a los demás.

Su madre, sin embargo, prefería dedicarse a las labores intelectuales, y además había tenido la gran suerte de poder hacerlo.

Había gozado de esa libertad dado que la abuela había respetado siempre todas las decisiones de su hija, como la de procrear sin casarse.

¿Y todo gracias a qué?

Pues a que nunca, ninguna de ellas, había dependido de ningún hombre.

A su abuelo, por lo visto, lo habían matado en la guerra, y su abuela, trabajando solita, había sacado adelante a su hija y le había pagado los estudios.

Eso no había quitado el que su madre hubiera tenido muchos amantes, lo mismo que ella, y quizás también que su abuela.

Lo que tenía clarísimo era que nunca podría soportar el encontrarse bajo el yugo del matrimonio, como una vaca.

El amor verdadero, con mayúsculas, esa experiencia trascendental y mística, sí deseaba vivirla, y sólo en ese caso excepcional tendría un hijo.

Pero traer al mundo niños fruto de relaciones vacuas, frívolas e interesadas, equivalía para ella a sembrar la semilla del mal, que por desgracia abundaba demasiado en nuestra especie.

Su madre, al parecer, también se encontraba plenamente enamorada del hombre con el que había engendrado a sus adoradas gemelas.

Ellas no le habían conocido, pero el simple hecho de imaginárselos enamorados antes de que nacieran, les servía para sentirse el fruto de una pareja feliz y albergar la esperanza de llegar a enamorarse.

Porque el sexo, ya no sin amor, que era algo habitual, sino con odio, sin ternura, representaba un acto de violencia extrema al que la humanidad estaba habituada.

Por eso piensa, mientras lee, que la no violencia de la que habla Hessel sólo podrá lograrse el día que todos seamos el fruto del amor.

Manu sostiene delicadamente la mano de Mónica mirándola a los ojos.  
De ellos brotaba no sólo una luz cegadora, sino algo más.

Poesía.

¿Sería eso?

Cada mirada, cada gesto, estaban llenos de armonía.

Pero había algo más.

Se trataba de un elemento esencial de la naturaleza, que unido al fuego del deseo, a la tierra que pisaban y al aire que respiraban, daba como resultado el todo con mayúsculas.

Nada más completo podía existir en el mundo.

La belleza que hasta entonces había adorado en las mujeres, resultaba ridícula comparada al halo de beatitud que rodeaba a aquella joven.

El rostro, su tersura, superaba a la de las rosas, y adquiría, por efecto del amor, ligeros matices rosados.

Sus labios, tras el primer beso, se encontraban rabiosamente encarnados.

La delicadeza de sus manos...

Ay, esos dedos afilados se le clavaban como agujas sobre la piel con tan solo mirarlos. Cerrando ligeramente los ojos, se imaginaba aquellas delicadas manos tocando las teclas de un piano que era en realidad su propio cuerpo anhelando emitir una dulce música celestial.

Esas manos, pequeñas, delicadas como palomas blancas, hacían crecer alas en su costado con solo admirar su gracilidad.

El deseo absoluto, programado para funcionar eternamente, para perdurar por los siglos de los siglos, acababa de declararles marido y mujer.

Podría pasarse la vida entera deleitándose contemplando su silueta de contornos que parecían trazados por la mano de un genio.

La figura de aquella mujer parecía haber sido creada para hipnotizar como los ojos de una serpiente.

Belleza, pura naturaleza.

Conceptos paganos como verdad y bondad, frente a ella, resultaban ofensivos como el pecado.

Por ser ateo, el sexo nunca había representado para él ningún problema.

En general en su país no existían tantos tabúes respecto al deseo carnal.

En su país, afortunadamente para ellas, las mujeres desplegaban su artes de seducción sin reparo, mientras que aquí tan sólo si los hombres las remuneraban a cambio.

La coquetería representaba sin duda una de las cualidades más sobresalientes de la cultura francesa.

El coq, el gallo, había contagiado su don de la seducción a las hembras.

El deseo sexual real devenido simbólico, determinaba la complejidad social e intelectual de su cultura.

Ellos y ellas jugaban con las mismas armas, mientras que en España no era así.

Aquí las mujeres sólo podían seducir a un único gallo, como las moras, y dentro del corral, lo cual le parecía terriblemente injusto y de un machismo extremado.

Sin embargo, quién iba a decirle que en el país de la inquisición y de los talibanes católicos fuera a encontrar a una mujer libre de amar a quien ella se le antojara.

Sus iris eran realmente dorados, color miel.

Además de ellos brotaba fuego, y agua también.

Agua que brota de tus ojos para para apagar la sed de tu boca, le susurra mientras sostiene su mano, al tiempo que su propia imagen se refleja en la superficie acuosa de su dulce y penetrante mirada.

Malaika sueña con mujeres azotadas, aunque estaba acostumbrado a ver lo contrario en las sesiones de BDSM a las que consagraba sus domingos en un hotel de lujo. Los que allí iban eran realmente peces gordos que habían triunfado en las finanzas, la política o el espectáculo, gracias, cómo no, a proceder de familias ricas e influyentes, a las que obligatoriamente tenían que retribuir. Nada era gratis en este mundo, y ni siquiera los propios padres ofrecían a sus vástagos algo sin esperar recibir un buen tributo. Aquello funcionaba como un club de golf de los clásicos, donde la gente con pedigrí se olisqueaba la entrepierna. Se reunían, tomaban unas copas, subían a las habitaciones, y allí se desfogaban. Aunque no eran ellos los que azotaban, sino que para compensar sus perversiones laborales, deseaban ardientemente sufrir la penitencia. Muchos, los que se dedicaban a la televisión, ganaban cifras astronómicas gracias a su perversidad para que la gente pudiera resarcirse gratis de sus pesares viendo como maltrataban, por ejemplo, a la pobre Belén Esteban. Aquello era sadomasoquismo televisivo puro y duro para el populacho. La gentuza, despiadadas marujas con bata y rulos, disfrutaban sentadas en su sofá barato, cuyos muelles se les clavaban en el trasero, viendo como los perfidos mariquitas la despellejaban viva. Nunca mejor dicho, porque la conducían derechita a la clínica de cirugía, creyendo que una podía mejorar físicamente, cuando la única mejoría que podría experimentar el ser humano habría de ser metafísica. Para eso servía antes la religión, también plagada en sus orígenes ancestrales de sacrificios físicos, hasta que a los romanos se les ocurrió utilizar al pobre Jesús, el feminista, con el pelo largo y pacifista, como cordero sacrificial. Luego Mahoma le copió la idea declarándose él mismo un gran profeta. Los romanos fueron los primeros en acudir religiosamente al circo para ver como los bravos luchadores eran devorados por los leones. Y ahora, los propios telediarios no eran más que un espectáculo para saciar la sed de sangre de las masas. Seguro que Franco se corría de gusto, al estilo del César, cada vez que ordenaba una ejecución, y por eso no cesó hasta un mes antes de espicharla. Así gozaban los que no amaban, que en el fondo eran gays, como Hitler. Y no se les debería llamar hijos de puta, sino de madre abnegada, mujer obligada a prostituirse de por vida con un tipo repugnante y putero al que odiaban. De esas en España había desgraciadamente a montones, y se relamían viendo los programas del corazón despiadado, como el suyo. Al menos ahora, con eso de que la homosexualidad estaba socialmente aceptada, la gente no tenía que casarse con personas del sexo opuesto a las que ni siquiera deseaba en términos generales. Esa medida socio-política, la de permitir el matrimonio entre personas del mismo sexo, había hecho un enorme favor a la humanidad. Las guerras mundiales, sin duda, habían tenido como semilla del diablo esa violencia sexual al que casi todo el mundo estaba condenado en sus alcobas. Sadismo y masoquismo eran tonterías al lado de lo que una pareja de bien era capaz de soportar para producir hijos. Además en España, durante la dictadura, las más frías, o sea lesbianas, eran las que más fácilmente llegaban vírgenes al matrimonio; mientras las heterosexuales, por haber sido desfloradas, muchas terminaban dedicándose a la prostitución. De ahí la razón de encontrarse soñando con mujeres azotadas.